

A close-up, high-contrast photograph of a person's face, focusing on the mouth and nose. The person has bright red lipstick. A silver bullet is held between their teeth, pointing towards the left. The background is blurred, showing more of the person's skin and hair.

Premio
Francisco
Casavella
2012

Bioy
Diego Trelles Paz

Humberto Rosendo, agente del Servicio de Inteligencia del ejército peruano, se infiltra en una de las bandas más sanguinarias de la ciudad de Lima, liderada por Bioy, un sujeto enigmático que le conducirá al que es el verdadero objetivo del servicio secreto, el narco Natalio Correa.

Formada por tres historias en distintos géneros, voces y estilos que confluyen en una obra salvaje y radical, Bioy es un mosaico sobre la violencia, el horror y la degeneración humana entre los que además consigue subsistir una frágil historia de amor.

Uno

Mantén la guardia, gentil caballero. No hay
mayor monstruo que la razón.

CORMAC MCCARTHY, *Todos los
hermosos caballos*

1986

Enferma, hambrienta, delirante. Asqueada hasta la náusea por el olor de su propia mierda. Los pantalones hediondos pegados a la piel. Las piernas laxas contraídas contra el abdomen en posición fetal. El torso desnudo y tembloroso bajo una toalla sucia y, entre sus antebrazos, coloreados por hematomas, los pechos robustos cuelgan de lado, aún melosos por el rastro de esperma.

Ya ha sido violada. Una vez.

El mayor es siempre el primero y eso lo enorgullece. Le molesta, sin embargo, sentirse observado y por eso las venda. Así fue con ella. En tinieblas, cuando temía la voz del verdugo, recibió el primer golpe. Puño cerrado contra pómulo y pómulo que explota. Pómulo que explota y sangre que baña. Sangre que baña y palabras que oscurecen. Inútil advertencia: No grites, mierda, habla. Pero ella no sabe. Miente: sí sabe pero soporta. ¿Quién dice la verdad? Eso no interesa. Usted –ama de casa, señor honorable, digno empresario– no debe seguir leyendo. Cambie de libro. Cambie de autor. ¿Cómo se narra el horror si es más poderoso que cualquiera de mis palabras? ¿Cómo se nombra lo que duele imaginar? Mejor detenerse, soltar el lápiz, negar.

Eso no ocurrió. No hay tal cosa.

[La cámara vuelve].

¿Está muerta? No se sabe. La nariz y la boca pastosa sobre la tierra ya no le importan. Duele moverse. Duele pensar que se mueve. No siente los pies. Perdió los zapatos durante el secuestro, aunque el frío es lo de menos so-

bre la planta abierta de hoyos infectos: primero los azotes, luego las colillas ardiendo sobre la piel, y es que el mayor fuma mucho, compadre, ya se lo han dicho pero primero es el vicio y esa rara manía de apagarlos donde nadie lo espera, ¿quién se la quita?

Las manos que la levantan son las del cabo. Si ella está muerta, no entiende por qué la consuela bajito, el cabo; es el mismo joven que sintió desmayarse mientras la iban golpeando y el mayor, una, dos cachetadas cruzadas: «¡Levántese, Cáceres, carajo! ¿O le dan pena estos mierdas?». El cabo, avergonzado, se incorpora: no cerrará los ojos, mayor, pero ella sabe que no la mira y ahora es su voz como un eco —*no llores, yo ya estoy muerta, tú sigues vivo, ¿quién sufre más?*—, pero él, terco, iluso, la levanta en vilo, le sigue hablando bajito, la echa a andar.

No le importa que sean sus manos temblorosas las que le bajan el calzón: un trapo nauseabundo que se desgaja al contacto de sus dedos. No tiene asco ni deseos, piensa ella que ya está desnuda pero no siente el cuerpo. Una vez la operaron, recuerda, le quitaron el apéndice y al despertar hizo el ademán de estirar un brazo que no se alzó, y qué raro es ahora recordarlo; cabo, suelte mejor mi cabeza, déjela caer, acabo de salir del quirófano, nada podrá sostenerla.

El chorro frío contra sus rodillas es un martillo delgado buscando reflejos. Abre el ojo menos hinchado y ahí está el cabo sosteniendo la manguera de jardinero que la riega desde arriba como si la orinara Dios. La luz sobre las blancas mayólicas lastima sus retinas acostumbradas desde la última madrugada a la penumbra. «Si intentas con las manos, será más fácil limpiarte —susurra él como un niño ansioso, y, haciendo una confidencia, agrega—: No te preocupes, no estoy mirando». Aunque quiere, no puede hacerle caso: el agua, que empezó por las rodillas, ya le ha mojado las pantorrillas, la mata de vellos sobre el vientre, el empeine de ambos pies, pero ella no puede limpiarse,

no controla sus manos. Si tuviera fuerzas para algo lloraría aferrada al cabo pero sabe que, por dentro, se ha quedado seca.

«¡Qué mierda hace, Cáceres!», exclama desde la puerta, roedor que se encorva, el mayor. Su voz no sería áspera ni a gritos. Es chillona y reverbera como si estuviera formada por un coro de ratas. Es, pues, un hombrecito siniestro y hepático; tiene el rostro de un niño pericote con los bigotitos puntiagudos y dos dientes afilados que le impiden cerrar la boca. Él, sin embargo, no se considera un tipo malo y si alguien se lo dijera de esa forma –*Usted es un hombre malo*– se sentiría profundamente herido. Hombre que defiende a su patria no se doblega. Hombre que lucha por la paz de los otros doma sus miedos. Si no entiende eso, cabo, se queda en el calabozo hasta que aprenda. Ahora llévese a esta basura a la cocina y avise a los oficiales que ya se acabó el fútbol, que ya mismo empezamos sesión.

Lo que el mayor llama cocina es, o fue, efectivamente, una cocina; sin la venda puede ver las ollas gigantes de metal sobre el cuerpo carbonizado de un horno de pan, un desorden de vasos descartables en el piso de alargadas losetas, un cucharón de madera colgando cual crucifijo de la pared. El olor a aceite quemado es igual de intenso que la noche anterior. Las paredes están impregnadas de una grasa anaranjada y pegajosa. La luz blanquísima de los fluorescentes le da una atmósfera de sala quirúrgica al espacio derruido de la cocina. Hacia el medio de la sala, advierte una mesa de cemento con cuatro vigas cerradas mirando al techo. No la recuerda. Se pregunta, entonces, si habrá otras cocinas y otras elsas en aquel laberinto luminoso cuando el cabo, que la recuesta en la mesa y amarra sin fuerza sus muñecas, le pregunta si sabe lo que va a hacer. Porque tú no eres tonta, Elsa, carajo, mira cómo estás, y si dices lo que sabes, si le das algo al mayor, lo que sea, te vas ya mismo. Y ni le digas otra vez que no eres porque

ellos saben que sí eres aunque les llores que no, será peor porque no hay cosa que le joda más al mayor que el no sé.

La risa del capitán Gómez explotando en el pasadizo anuncia el arribo del contingente de apoyo. Gómez y el suboficial Franco entran a la cocina llevando vasos de plástico y conversando amenamente, como si acabaran de llegar de una fiesta. «Menos mal que vimos los penales, zambo», farfulla el capitán, y enseguida la mira y, mientras pisa el pucho encendido que colgaba de sus labios, con el tono jocoso que emplea para contar chistes, le pregunta al cabo si está cojudo para venir a bañar a la detenida como si fuera su hembrita. El silencio avergonzado de Cáceres no dura mucho. Mientras le estira la piel de un cachete, el suboficial le dice que está bien, Cáceres, no se me ahuevone ahora, todos hacemos cagadas la primera vez. Aunque su aliento a anisado lo marea, el cabo aprecia el tono paternal de su voz. A diferencia de Gómez, Franco es diligente en su labor y ni ebrio pierde la paciencia. Transige, incluso, con los detenidos cuando los golpes y las amenazas del capitán ya los han quebrado; los persuade hablándoles bajito, intercediendo a su favor no sin cierto histrionismo cuando le pide a Gómez que pare la mano, capitán, por favor, que lo mata. El simulacro es perfecto pero ni Gómez ni Franco se inmutan. No hay nada más placentero para ellos en el cuarto de tortura que esos escasos minutos en que el anisado y la cocaína crean esa representación informal para la víctima de turno. Quien los viera, no dudaría que hay algo de pertinente en esa alianza muda entre el capitán y el suboficial: cierta química abstracta, la simpática aureola de las parejas cómicas del cine mudo. La idea es menos peregrina de lo que parece, basta fijarse en el contraste de sus físicos para comprobarlo.

Gómez es alto, aindiado, tiene la cara deformada por el acné y una costra delgada de pelos cubriéndole el crá-

neo. Cuando toma o juega al fútbol con Franco, lo llama zambo maricón y negro rosquete y mulato mostacero y esclavo cometrolas. Sus insultos al suboficial invariablemente incluyen la raza y el sexo, en ese orden de importancia. Franco, por su parte, es bajo y algo robusto pero, cuando camina junto a Gómez, parece un enano negro y gordo. Si algo lo distingue es su bamba abultada. Los oficiales de mayor rango lo llaman Bembón Franco y el suboficial les acepta la ocurrencia en silencio. La gracia, sin embargo, no se la permite a nadie más; es conocida esa historia en la que Franco perdió la paciencia por última vez. Gómez, por lo menos, la recuerda con afecto. Fue durante la celebración de fin de año de los cadetes graduados. El más bravo y popular parecía ser Labarte, un trujillano aguerrido que salía con honores y ya andaba borracho, Martín, se había puesto pesado pero así era él y todos lo sabían y el día que el más valiente quiso callarlo, Martín le descargó el codo con una violencia inusual, y luego estiró su brazo ebrio para cogerlo del cogote y alzarlo y apretarlo hasta que el imprudente se puso azul y uno de los coroneles le dijo ya basta, Labarte, déjelo, qué mierda tiene. Y Gómez cayó como un trapo mojado, más humillado que herido al ver a sus compañeros cercándolo y, sobre el fondo a Franco, silencioso como siempre pero con una expresión inédita en la cara, como si de pronto alguien hubiese improvisado un palimpsesto maléfico sobre su antiguo rostro.

Tres meses después del episodio con Gómez, el alférez Labarte recibió dos balazos durante un confuso enfrentamiento con Sendero Luminoso en las afueras de Huancaayo. Se le rindieron honores a Martín Labarte. Se improvisó una historia extravagante en la que abatía al único senderista muerto en la reyerta antes de ser atacado por la espalda. El que lo vio caer, y dio la alerta de la baja al comando de asalto, fue el suboficial Franco, el Bembón Franco, que estaba a escasos metros del difunto cuando le dispararon a quemarropa. Desde entonces, como atraídos

por la inercia de un secreto oscuro, los militares Gómez y Franco se hicieron inseparables. Cuando el ingeniero Alberto Fujimori ganó su primera presidencia en 1990, y aunque estaban listos para la baja por las denuncias que especulaban sobre su pertenencia al comando Rodrigo Franco, mágicamente, con esa escalofriante magia que suele gobernar la suerte y el destino de sus compatriotas, ambos militares ascendieron de rango.

2002

Esos pasos sigilosos, ese perfil oscuro, esa mirada fija que le apunta a la nuca como si él no supiera, como si fuera la primera vez que lo persigue una sombra.

No hay peligro. Su experiencia es vasta, sabe guardar la compostura, nunca tiene miedo. En la academia militar, por ejemplo, era el más preparado y aquello se lo restringe a los compañeros no sin cierta arrogancia. Más adelante, ya en el Servicio de Inteligencia, se entrenó con pericia en la técnica del OVISE (observación / vigilancia / seguimiento); aprendió a violar candados, cerrojos, puertas, supo cómo usar los mejores disfraces en las zonas de conflicto, perseguir y desaparecer súbitamente de los ojos de sus vigilantes. Era el mejor. Lo recuerda, y en su rostro se dibuja la sonrisa indulgente del muchacho precoz. El arte de la persecución es sutil pero él también fue un principiante y ahora, por un impulso natural que no consigue entender, decide ensayar los pasos ligeros del falso perseguido.

Piensa, sin duda, en el que acecha.

Cuando acelera, sin embargo, el perseguidor se enreda. Levanta los pies confiando en el ruido sordo de sus suelas, pero ignora las bondades de un oído cazador como el suyo. Cuando se detiene, el hombre frena en seco apoyando el cuerpo sobre ambos empeines y dando una vuelta agresiva que, a la distancia, parece un falso paso de baile. Siente, entonces, el impulso inusual de adiestrarlo, de dar media vuelta e increparlo y gritarle con dureza que así no se hace, carajo, que es un pobre cojudo, que si no

fuera más decente ahora que la vida lo ha jodido, ya estaría muerto.

No lo hará. El impulso de supervivencia persiste a pesar de los últimos golpes y es él, Sergio Gómez, excapitán del Ejército Nacional del Perú, el primero en saberlo. Le queda, al menos, una certidumbre: es un veterano de guerra, un sacrificado, un perseguido, un proscrito. Al derribarse la nave, él y los otros soldados son abandonados a campo abierto. Sobrevive el que corre en zigzag o se cubre bajo el cadáver todavía sangrante del compañero de tropa. Gómez es uno de los pocos que lo logra. Ahora vive en la clandestinidad. Su idea distorsionada de la épica lo lleva a imaginar una caza de brujas en la que él interpreta el papel del héroe incomprendido. Sabe, sin embargo, que no hubiera podido ser un héroe: no tiene pundonor, no tiene valores, no desea el bienestar de nadie, bajo su pecho solo hay un duro colchón de agallas y un código criminal de lealtad. ¿Qué es lo que le pasa entonces? ¿De dónde nace ahora esa necesidad bastarda de jugar al patriarca? No lo sabe, no lo quiere saber. Camina ofreciéndole la espalda al intruso, concentra su energía en lo que piensa decirle cuando lo encare. «No abriré fuego. Está asustado. Los animales saben distinguir el olor del miedo y nosotros somos dos perros».

La imagen de esa última oración mental le produce cierto sosiego —una calle larga y deshabitada: el fragor de los buses en la avenida Abancay: la luna espantosa de Lima a las diez de la noche. Gómez se sabe un mal orador pero no tiene la misma certeza en torno a sus pensamientos. De hecho, a veces hasta los siente creativos, sutiles, elegantes. Cuando eso sucede, cuando consigue recrearlos como pequeños extractos de un filme, el excapitán se siente invulnerable. Tendría tanto para contar. Tantas ideas y tan poco tiempo. Dos gordas líneas de cocaína, una botella de pisco, una cajetilla de cigarros, lápiz, papel: ¿qué más se necesita para escribir? La salvedad, sin embargo,

es siempre temible. No todos sus delirios se transforman en fantasías cinematográficas, las hay también de las otras. Él las reconoce rápido ni bien asoma el sonido de las hélices de un helicóptero que nunca llega. Está de nuevo en Huamanga, ya es de noche y la patrulla que trasladaba a los senderistas aún no regresa al cuartel. Hortensio Ramírez, Maximiliano Barrientos, Humberto Cacho, Carlos Cahuatico, Martín del Pomar. Oficiales, técnicos y suboficiales de primera, de segunda, de tercera, relegados a la zona de emergencia, luchando por la patria aunque contando con angustia los días restantes para el relevo: ya falta poco, muchachos, ya pronto a Lima, los recuerda haciéndose bromas, matando el tiempo, jugando al fútbol, llorando ebrios, bailando y cantando y bebiendo hasta que, de pronto, la duda y la desconfianza que rompen la tensa espera y el relevo que no llega y ellos que callan y aceptan y maldicen su suerte y ahora, sin darse cuenta, ya están durmiendo en un descampado terroso con los ojos al cielo y la boca abierta: sus cuerpos desmembrados, el sordo zumbido de las moscas necrófilas, el horror de la mirada que se aquieta y se acostumbra a la muerte más cruel.

Ahí precisamente está Gómez, observando los pedazos disgregados de sus compañeros de tropa y llorando contra el viento de la estepa que seca sus lágrimas. Ese soldado de rodillas, ese joven derrotado, ese homúnculo inerte envuelto por el miedo es Gómez, nuestro Sergio Gómez, que ha crecido de golpe y ya está listo para la noche sin fin. No saldrá pronto de Ayacucho. De hecho, no saldrá nunca. Regresará físicamente a Lima, tres años más tarde, vivo y vigoroso, pero el rastro de sangre que arrastra a su paso lo seguirá por donde vaya. Si tan solo fuera por eso, si solo se tratara de sangre ajena y de muertos perdidos en la sierra peruana, no escucharía en su delirio las hélices de ese helicóptero que nunca llega, pero tam-

bién está el secreto –recuerda–, el terrible secreto de los campesinos marchantes.

–¿Te refieres a lo de Putis?

–En eso pensaba.

–Era inevitable. No había forma de saberlo. En toda guerra es así...

–¿Cómo así?

–Si tienes cáncer, si te estás muriendo, hay que extirparte el tumor de un tajo. Lo podrido y lo sano, ¿me entiendes?

Te entiendo. Los que no lo entienden son los campesinos de Putis. Los varones, los padres de familia, los jóvenes silentes que caminan con una pala al hombro por voluntad de tu sombrío destacamento. Hoy, 13 de diciembre de 1984, día histórico para esta comunidad ayacuchana, el gobierno del arquitecto Fernando Belaúnde Terry les ha encomendado una tarea heroica en beneficio del país: cavar una fosa de diez metros de largo por diez de ancho para construir la primera piscifactoría de la región. Una instalación moderna que contará con todos los implementos tecnológicos necesarios para criar peces y mariscos a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar. Un trabajo duro, arriesgado y, ciertamente, agotador, pero que les traerá a ustedes, compatriotas de Putis, la prosperidad anhelada. Eso dice el teniente Hurtado. Eso repiten Gómez y los soldados que, fusil en mano, acompañan el paso sombrío de los campesinos marchantes. ¡Entierras-remueves-extraes-tiras! / ¡entierras-remueves-extraes-tiras!, la voz destemplada de Hurtado es la que anima al contingente. Treinta y cinco palas están quebrando la tierra. Treinta y cinco hombres sudan y se enlodan por la prosperidad de su patria hasta que, entre dientes, como una premonición de muerte, llega el susurro, la pregunta, la incertidumbre:

–¿Qué es una piscifactoría?

–Así como una piscina o como un pozo.

—¿Y para qué necesitamos eso en Putis?

—Excava, carajo, y no hables.

El hoyo de la piscifactoría es un éxito. Es tan grande y tan frío como una fosa común. Anda a tu casa, cholo, y dile a tu esposa y a tus hijos lo que has hecho por ellos. Mañana pasaremos, los llevaremos de paseo, haremos un pícnic. Ustedes serán los primeros en conocerla. Dos días más tarde: lo prometido. En la puerta está la autoridad, los verdes soldados vaciando las casas y las calles de Putis. Hombres, mujeres, ancianos y niños, todos en fila india. ¿Cuántos son? ¿Cincuenta? Más. ¿Ochenta? No, más. ¿Cien? Casi, casi. ¿Ciento cincuenta? Sí, pues digamos que sí, pero qué más da si son todos iguales. No perdamos el tiempo ahora. Hay que organizarlos. Aquí estamos para ayudarlos, para velar por su seguridad, para protegerlos de los asesinos, de los terrucos. Así que dale, cholo, entra y no digas nada. De seis en seis, de diez en diez, de quince en quince, uno tras otro a la piscifactoría. Menos las mujeres, claro. Las mujeres quedan. Un ratito nomás, no seas celoso. Y ahora que empiezan las ráfagas y los gritos desesperados y los llantos de pánico y el horror de los campesinos de Putis que se desploman sin entender qué pasa, la piscifactoría del progreso se vuelve tumba, mausoleo secreto, cementerio cavado por sus propios muertos.

Por ahora solo queda afinar la vista. Cerrar el encuadre, mover la cámara, recuperar a Gómez del horrible anonimato de esta masacre. ¿Está disparando? No se ve. Quizás si paneamos un poco, si miramos entre las niñas y las jóvenes de Putis que son violadas entre los arbustos y pronto irán a la fosa con una bala en la cabeza, veremos que Gómez es uno de los soldados participantes en el jolgorio. En medio de la matanza, entre los clamores y las súplicas ahogadas de los caídos, Sergio Gómez está fornicando con una mujer inconsciente que nunca ha visto. Quiere que despierte, quiere que lo mire violándola. Le da fuertes